Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 CÉNTIMOS

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, emostáticas y diuréticas.

La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pélvis renal.

Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias.

Recomendamos á todo enfermo de la vejiga, que antes de hacer uso de otros similares, pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina** y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos, tamaño grande, 10 pesetas; ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.



GRATIS

—

La felicidad por medio del MAGNETISMO y OCULTISMO la mandaré al que envíe un sello de 0,15 á D. Francisco G. Purtal. Mataró. (Barcelona.)

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

OFICINAS:

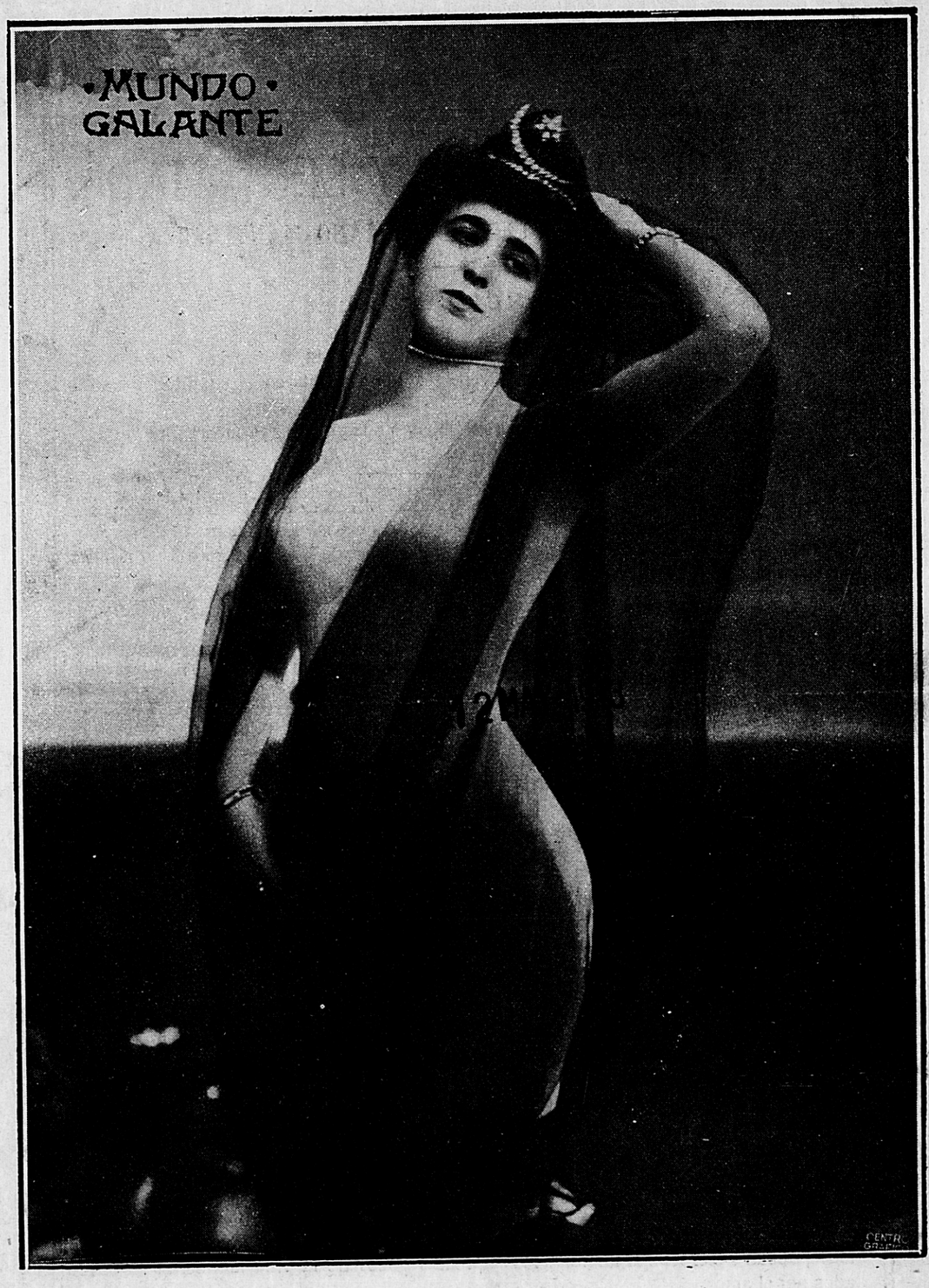
PIZARRO, 12.—APARTADO 555.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

Establecimiento tipográfico de GACETA ADMINISTRATIVA.—Leganitos, número 54.—MADRID



LORRAIN.—Famosa y escultural artista.

N.º 2. REVISTA POPULAR DE ARTE 10 cénts.

EL ARTE DE AMAR Y SER AMADO,

POR EL CÉLEBRE PROFESOR ITALIANO MANTEGAZZA

(CONCLUSIÓN)

XII. Desde el momento en el cual el hombre y la mujer han pronunciado juntos aquella palabra: *yo te amo*, se convierten en sacerdotes de un templo en el cual deben custodiar el fuego sagrado del deseo.

No sofocarlo jamás por demasiado combustible, no apagarlo por poco aire ó por mucho frío, es el gran secreto para amar eternamente.

XIII. La lujuria es á veces madre del amor; pero con más frecuencia es su verdugo.

XIV. El amor como el sol y como todas las grandes cosas del pensamiento humano y del mundo, nace y muere entre dos crepúsculos: el *tal vez* de la esperanza y el *tal vez* del remordimiento.

XV. El amor es una flor, el matrimonio es un fruto; pero la floricultura y la horticultura son dos artes tan hermanas que parecen gemelas, y su enlace es una deliciosa continuación. Para no llevarse chasco, no conviene pedir la flor al huerto ni el fruto al jardín.

XVI. El Código criminal de toda nación civilizada tiene muchos crímenes y delitos, transgresiones é infinitas formas de pecado y de pena; el código del amor no tiene más que un solo crimen: la *mentira;* no tiene más que una sola pena: la *muerte*.

XVII. Hombre ó mujer, no hagáis jamás ruborizar á vuestro compañero sin curar el rubor con un beso ó una caricia.

Es una herida ligera ó grave; pero que no puede ser curada más que por el que la causa.

XVIII. La tradición de Santa Úrsula y de las once mil vírgenes fué mal interpretada por los eruditos y los historiadores.

Significa que la Virgen contiene en sí una legión infinita de vírgenes menores, que quieren ser, la una después de la otra, amadas y conquistadas. La víspera de la muerte conviene aan tener una para el día siguiente.

XIX. Muchos escritores que no visitaron jamás los países de la zona tórrida, comparon, sin embargo, el amor al trópico, tal vez porque el amor y el trópico son dos cosas muy calientes; pero de seguro no creían ellos afirmar una verdad tan cierta como ésta. No sólo hace mucho calor en los dos lugares, si que también en los dos hay el manzanillo y hay crótalo; hay la draga, que irrita y exalta, y el opio, que adormece; hay el tigre y el colibrí; hay la vida ardiente y corta, y hay el prolongado bostezo después de la dulce embriaguez.

XX. Por cuanto adelante la ciencia, el amor será siempre un arte; por cuanto el genio se eleva, el amor tendrá siempre alas más robustas que el genio; por cuanto riqueza y gloria puedan hacer feliz al hombre, los supremos goces de la vida nos serán siempre dados por el amor.

MUNDO GALANTE

Año I. - Número 2.
Madrid, 16 Mayo 1912.

Oficinas: Pizarro, 12.
Apartado 555.

CUERPO Á CUERPO

TE aseguro—decía Julia á su amiga Marcelina— que cuanto se haga para conquistar el corazón de ese hombre, suponiendo que lo tenga, resultará inútil.

—¿Lo sabes por experiencia? —interrogó Marcelina—. Difícil, ya que no imposible, me parece que haya un hombre tan en absoluto refractario á nuestras seducc ones.

—No lo dudes—repuso Julia—. He apelado á cuantos recursos nos proporcionan la sagacidad y la coquetería... ¡Nada he logrado! Ese hombre, ó lo que sea, ni ve, ni oye, ni entiende.

—¡Jesús!... ¿No es de carne y hueso como los demás?

—Parece de mármol...

—Y es guapo.

—¡Ya lo creo!

—Y rico...

—¡Muy rico!...

—¿Has averiguado si tiene algún amor oculto? ¿Algún vicio?.,. ¿Algo, en fin, que le haga mostrarse insensible á nuestros encantos?...

—Que yo sepa, nada de eso existe; y cree que sentiría sufrir una equivocación.

—O quizá algún desengaño terrible, de esos que jamás se olvidan...

—Nunca le he oído hablar de cosa semejante; al contrario. Su carácter alegre,



EL VIEJO.—*¡Pobre muchacha! Me bajaré para levantarla.*
EL CHICO.—*Pues lo que es yo no saco las manos de los bolsillos...*

franco y locuaz le hacen aparecer como un hombre de mundo, liberal y bienquisto de cuantos le conocen y se honran con su amistad... ¡Si es la mar de simpático!

—Pues, hija—replicó Marcelina—, ahora lo entiendo menos.

Después de una pequeña pausa, durante la cual ambas amigas permanecieron silenciosas, como sumidas en hondas reflexiones, Marcelina, viendo que á más andar llegaba la noche, se levantó dispuesta á despedirse.

Julia y ella se abrazaron, diéronse los besos de ordenanza en tales casos, y Marcelina abandonó la habitación diciendo:

—¿Tienes tú interés alguno por Gustavo?

—Ya... ninguno...

—Con franqueza...

—Ahora... Carlos me quiere y estoy contenta con él...

—Bueno; pues yo emprenderé la conquista de Gustavo.

—Perderás el tiempo como yo lo he perdido.

—Veremos... Pero júrame que nada tienes ya que ver con él.

—Te lo juro. Hace tiempo me di por vencida.

—Pues adiós, hija mía, y ya te daré cuenta del resultado de mi aventura.



—¿Se ve á los señoritos, Pepa?
—¡Qué indecentes! ¡Han apagado la luz!

—Y que el dios vendado te conceda más suerte que á mí.

Repitiéronse los besos y abrazos de despedida, y Julia cerró la puerta mu murando sonriente:

—¡Pobre amiga mía! No será capaz de llegar hasta donde yo he llegado, sin conseguir animar á ese pedazo de estuco... No me explico por qué un hombre así nos hace andar de cabeza...

*
* *

A los pocos días presentóse Gustavo en casa de Marcelina, llamado por ésta.

Durante la conferencia, ella trazó su plan de batalla, y cuando lo creyó oportuno emprendió el ataque con pasmosa decisión; golpe de audacia digno del general más experto.

—Le he llamado, amigo mío, sólo para decir á usted... ¡que le amo!... ¡Que estoy dispuesta á todo con tal de hacer que usted corresponda al inmenso cariño que me inspira!...

Esta declaración, hecha así á quema ropa, dejó atónito y perplejo al codiciado galán, quien no supo qué contestar, desconcertado ante la brusca acometida de que era objeto.

Marcelina aprovechó la incertidumbre de Gustavo para cambiar de postura y continuó:

—Sí, Gustavo... ¡Gustavo mío!... Yo... ¡Yo adoro en ti...!

Y sin esperar á más, enlazó sus lindos brazos al cuello del *enemigo*, que aun no había logrado reponerse de la primera sorpresa.

—¡Aquí me tienes, cariño mío!... ¿Me quieres más rendida? ¡Tuya, tuya nada más!... ¡Mírame!... Mira en mis ojos reflejada la inmensa pasión que me devora... Morir en tus brazos, acariciándote, anegada en oleadas de amor!... ¡Qué felicidad!...

Diciendo esto, le besaba y acariciaba con tal vehemencia, que Gustavo pensó si estaría loca, y tuvo miedo...

Marcelina, considerándole ya casi vencido, cambió de táctica, y con mimoso acento, como si efectivamente se hallara en estado lastimoso y angustiado, prosiguió:

—Perdona... ¡estoy loca!... ¡Confieso que ha sido mucho atrevimiento el mío; pero... ¡te quiero tanto!... ¡Qué vergüenza!... No sé lo que me pasa... ¡Me ahogo!... Un momento... ¡Aire!... ¡Agua!... ¡Me muero!...

Y desapareció súbitamente tras la cortina que cubría la puerta de su dormitorio... Gustavo, al verse solo, dudó un instante si acudiría en socorro de la infeliz enamorada ó aprovecharía la oportunidad de huir...

Sin darse cuenta de la incorrección, optó por lo último; levantóse, dió algunos pasos, y cuando ya se disponía á escapar de la encerrona, afirmándose en la idea de que Marcelina estaba loca, sintió que alguien le sujetaba por el brazo...

Era Marcelina que le arrastraba con fuerza irresistible hacia el interior de la estancia contigua.

*
* *

Julia y Marcelina volvieron á verse en casa de la primera.

—¿Cómo vas con tu conquista?—preguntó Julia—. Te veo desmejorada... Has adelgazado mucho; tu rostro pálido y esas ojeras tan hondas que surcan tus párpados indican que sufres... ¿Me equivoco? ¿Tal vez son grata consecuencia de dulce victoria? ¿Quizás el hombre de mármol para las demás, hase tornado blanda cera en tus brazos?... Ojo, pues, con los excesos, que el placer gozado sin tasa también produce la muerte...

—Figúrate que he hecho cuanto humanamente puede hacerse; he apelado á los mayores refinamientos de la voluptuosidad; lo más atrevido, lo más arriesgado... ¡hasta lo más humillante para nosotras!... ¡Todo lo he intentado!

—¿Y qué?...

—¡Inútil!... Sólo saqué en limpio esta triste convicción: Gustavo se muestra insensible con las mujeres... ¡porque no puede, aunque quiera, dejarlas satisfechas!... No sirve más que para guarda de un harén...

—¡Está fuera de combate!... — exclamó Julia.

Una doble carcajada sirvió de comentario á la revelación de Marcelina, quien siguió dando detalles de su lucha cuerpo á cuerpo con Gustavo...

LUIS FALCATO.

ZAPATERO CON MAÑA

Tiene un primo zapatero
la portera de la casa,
cuyo piso bajo ocupa
mi tío don Pedro Vargas.
Como es natural, la prima,
que es una joven muy guapa,
se calza con su primito,
y por esta circunstancia
oye diálogos don Pedro,
que para muestra uno basta:
—Te he dicho que está pequeña.
—Pero, chica, ten más calma...
Aquí, sin duda, el maestro
coge la bota y la ensancha,
y como hábil en su oficio
vuelve después á probarla.
—Ya está bien... ya entra, ya entra—
grita por fin la muchacha;
y contesta el zapatero:
—Mira tú... si tengo maña.

LUIS VIDART.



—¿Y cuándo quieres que me venga otra vez contigo?
—Yo no sé, querido... Es á ti á quien corresponde el saberlo...

¡NIÑA PRECOZ!

—¡Tonta! no tienes quince años y ya te quieres casar. ¿Sabes tú lo que es un hombre?

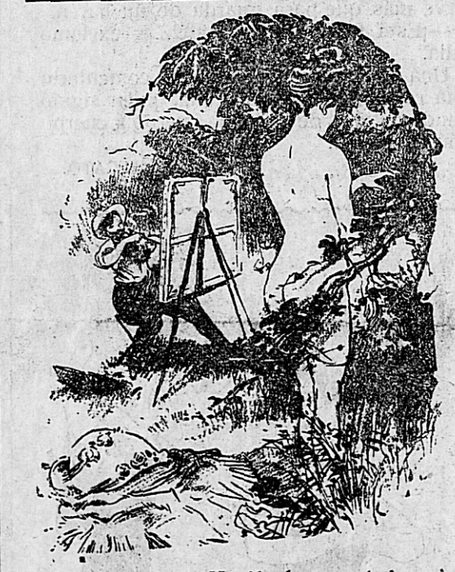
—¡Pues ya lo creo, mamá!

BOHEMIOS DE LA VIDA

La caravana de gitanos había llegado aquella madrugada al rayar el alba, sentando sus reales en la plaza Mayor del pueblo.

Componíase de cinco hombres, cuatro mujeres y tres chiquillos mocosos y mal vestidos.

El que parecía jefe pidió permiso al alcalde para trabajar, permiso que le fué concedido al momento, pues siempre era un número más en el programa de festejos que



LA MODELO.—*¿Y sólo hace usted mujeres desnudas?*

EL PINTOR.—*No; también hago niños á veces...*

LA MODELO.—*¡Toma, eso también lo sé hacer yo!*

celebraban todos los años por la fiesta mayor, que era precisamente aquel día.

El guapo Juan Manuel, hijo único del alcalde y á la vez el contribuyente más fuerte del pueblo, avivado también por la curiosidad, se dejó ver en la plaza.

Fija tenía la vista en el grupo de gitanos, que, echados en el suelo, arreglaban tranquilamente sus trastos, cuando de pronto salió de la pequeña tienda de campaña una gitana muy joven que era una verdadera belleza dentro de los de su raza. Su tez bronceada brillaba como el ébano, y sus ojos negros y rasgados tenían el fulgor de dos brasas encendidas.

Juan Manuel la contempló fijamente y quedó admirado de sorpresa.

¡Es hermosísima!—murmuró para sí.

—¿Venís de muy lejos?—le preguntó Juan Manuel.

—¡Ay, señorico! Diezeis leguas na más... que digamos. Estamos medio muertecitos.

—¿Y te gusta esa vida errante, hermosa?

—¡Qué remedio quea! ¿De qué vamo á comé si semos tan probes?

—La que es hermosa como tú puede aspirar á otra cosa...

La gitana al oir estas palabras comprendió que se trataba de un asedio por parte del señorito, é iba á contestarle, cuando fué llamada por un gitano.

—Voy, Grabié—, y sin despedirse de su interlocutor se marchó.

Juan Manuel la vió alejarse de su lado, é interesado por aquella hermosa gitanilla, hizo el formal propósito de conquistarla.

Por la tarde se presentó de nuevo allí, miró los diversos juegos que hacían y, en cuanto tuvo ocasión, se acercó y trabó de nuevo la conversación interrumpida.

—Como te decía esta mañana, vales tú mucho.

—Es lisonja, señorico. Mi tez cobriza espanta á los chiquiyos.

—Si tú quieres escucharme voy á decirte que me tienes enamorado, que te deseo... Yo soy muy rico y puedo hacerte feliz.

—Me alegro de verle güeno.

—¿No aceptas?

—¿Se ha figurao osté que esta prenda se vende? Pues va equivocao. Aunque me ofreciera todo el oro der mundo no cedía, ¿me entiende?

Y volviendo la espalda se alejó, dejando plantado y con un palmo de narices al guapo Juan Manuel, aquel que hacia desprecio de las más guapas y ricas mozas del pueblo.

Picado su amor propio y rebosando de rabia, vió cómo la gitana acariciaba amorosamente la enmarañada barba de su hombre; un gitano alto y huesudo y con todo el rostro picado de viruelas, que correspondía á las caricias de su bohemia con suspiros muy hondos de satisfacción y placer...

R. HOMEDES MUNDO.

Las lindas páginas que siguen son encuadernables, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

La mordedura del lagarto.

I

Iba por agua á la fuente,
por las tardes, Andregüela,
muy recogida la saya
y una herrada en la cabeza.
Mas como el camino es largo
y crece en él la maleza,
que cuide de los lagartos
su madre le recomienda.
Tal advertencia, á la niña,
no deja de hacerla mella,
y, sin embargo, la causa
de tales miedos no acierta;
que á su razón, harto clara,
se le resiste la idea
de que animal tan pequeño
graves daños causar pueda.

II

Pedro Requejo es el mozo
que de amores la recuesta;
más robusto que una encina
y más verde que una cepa.
Y como no le parece
Pedro mal á la doncella;
y como al ir á la fuente
con el mancebo se encuentra,
por más que su madre diga
que graves males la cercan,
no hay tarde que de la fuente
no tome la agreste senda.

III

Pensativa por extremo
encuentra Pedro á Andregüela,
que algo sus ojos azules
parece que siempre acechan.
Si amante Pedro la mira,
distraída le contempla,
y sin contestar le escucha
si amoroso la requiebra.
Y es que, mientras tiernas frases
sin tregua el mozo enarета,
en lo que su madre dice
tan sólo la niña piensa.

IV

Al caer de cierta tarde
dulce, apacible y serena,
de retorno de la fuente
vuelven Pedro y la doncella.
Y él, á fuerza de preguntas;
ella, esquivando respuestas,
al cabo se pone en claro
la causa de tal tristeza.
—¿Es que á los lagartos temes?
—Sí, por cierto.
—Pues no temas,
que no es el daño que causan
tan grave como te cuentan.
—Entonces, ¿en qué consiste?
—Consiste... Mira, Andregüela,
hay cosas que el explicarlas
requieren calma y paciencia.
—Es que yo quiero saberlo.
—Pues ven, que si tú me dejas,
en el fondo de aquel valle
podrás saber cuanto quieras.
Y él, cogiéndola una mano,
dejando la herrada ella,
tomaron ambos asiento
á la sombra de una olmeda.

V

De tal manera explicarse
debió Pedro, que Andregüela
quedó con sus argumentos
tan oronda y satisfecha,
que desde aquel mismo punto,
cuando su madre la increpa
pintándole los peligros
que hay de la fuente en la senda,
ella, con noble ardimiento
y con gran valor contesta:
—Pues si sale algún lagarto,
no me importa: ¡que me muerda!

ANGEL RODRÍGUEZ CHAVES.

TONTERÍAS

*** No es lo mismo echarse á la bartola, que echarse á la Bartola... por novia.

*** En este mundo, unos meten la pata y otros pagan el pato.

*** Algunas chicas se meten monjas; otras no se meten nada.

*** Una mujer desesperada es capaz de tirarse á un pozo.

*** Para meterse en Honduras es preciso, ante todo, ir á América.

Quien escucha...

Su mal oye, pues no es costumbre ya hablar bien de los ausentes, sobre todo si éstos pertenecen al gremio de los maridos ó de los aspirantes á tan pesado cargo.

Esto le pasó al joven Alberto, que, bastante prendado de los encantos de la bella Elvira y un poco atraído también por los miles de duros de la dote que había ofre-



—¡Parece mentira que no venga nadie á cubrirme!...

cido dar el papá de la niña, disponíase á entrar en la cofradía de San Marcos.

Muy adelantados estaban ya los preparativos de boda, cuando ocurrió que cierto día Alberto entró en casa de su futura algo más temprano que de costumbre; luego de saludar á los presuntos suegros, preguntó:

—¿Y Elvirita?... ¿Dónde se encuentra?... ¿Está mala?...

El papá contestó bonachonamente, encontrando natural dar cierta libertad á quien en breve iba á entrar en su respetable familia:

—Está en su cuarto, sin duda acabándose de arreglar... Vaya usted, si gusta...

Y, ¡es claro!, Alberto gustó.

Encaminóse á la habitación de la joven, mas al llegar ante la puerta, que estaba cerrada, oyó un rumor de contenidas voces que demostraban que su novia no estaba sola.

La curiosidad, el interés, los celos, sea lo que fuere, movieron á Alberto á detenerse.

Y no sólo á detenerse, sino también á escuchar.

Apenas llevaría un par de minutos de atención, cuando palideció, apretó los puños y murmuró:

—¡Infames!... ¡Suerte ha sido que aun esté á tiempo de retirarme!...

Elvirita, en amante coloquio con el más íntimo de los amigos de Alberto, le decía:

—¡No un beso, mil te daré para calmar tu injusto enojo!... ¡Hazte cargo de la situación!... ¡Te prefiero á ese memo de Alberto; pero la posición de éste es brillante, y tú no tienes un céntimo, por lo cual mi padre nos negaría el permiso para contraer matrimonio!... En cambio, casándome con él aseguro mi porvenir y, por lo demás, *todo lo restante seguirá igual*, exactamente igual que hasta aquí, pues ese tipo no me parece que ha de tener mirada de lince...

—¡Qué ha de tenerla, si es un topo!...

Pero el topo hizo *¡fu!*... como los gatos... y Elvira se quedó sin tener tapadera para sus desahogos con su desahogado amante.

¡Cosas del mundo!... ¡Pero cuán pocos tienen la suerte de Alberto!...

P. I. N.

¡TRAICIÓN!

—¡Infame, has hecho traición
á nuestro amigo La Rosa!
Has seducido á su esposa:
¡no mereces mi perdón!
Así ayer por la mañana,
querellabase á su esposo,
con acento lastimoso,
la bellísima doña Ana.
—¡Santísimo Sacramento!
¿Qué es lo que dices esposa?
¡Yo traidor al buen La Rosa!...
¿Quién te ha metido ese cuento?—
el marido preguntó.
—Hace tan solo un momento
que en este mismo aposento
tu primo me lo metió.

LOLITA.

SE NECESITAN DONCELLAS

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE SIETE MUJERES

(Extracto de lo publicado en el número anterior.—Siete mujeres, víctimas de un naufragio, se salvan en una isla desierta. Establecen una colonia, pero la falta de varones las vuelve locas, desesperadas, y se inicia entre ellas una verdadera revolución...)

—Así es, señora—contestó Ketty, poniendo los ojos en blanco, como si recordase la fruición con que quizá también se entregaba á esos manejos.

—Y sé también que estos rozamientos se verifican desde hace algún tiempo.

—Cierto es, muy cierto, señora.

—¡Pues por John Bull, que he de hacer un escarmiento! ¿Se sabe quiénes son las iniciadoras del movimiento?

—Difícil es averiguarlo, gran señora, puesto que para conseguirlo habría que ponerse en contacto con las demás y prestarse á ciertas pruebas que no son muy compatibles con el ejercicio del poder.

—Pues es preciso saberlo á toda costa, y como comienzo de la enérgica campaña que con tal objeto me propongo emprender, hoy mismo publicaremos un decreto diciendo que no está bien que esas desgraciadas no hagan uso de las manos y se entreguen al vicio de la holganza; para vivir es preciso trabajar.

—Quéjanse, señora, de que no habiendo huevos en el país, y estando las casadas acostumbradas á ese alimento, no les basta con lo que aquí encuentran.

—Pues juro que han de conformarse; yo soy la reina y tengo que contentarme así y no me quejo.

—Jenny, que es la cabeza visible del movimiento, dice que en un país donde no hay carne, ni volátiles, ni gallinas, ni pollas no pueden vivir las mujeres, para las que son un elemento principalísimo y sin duda insustituíble.

—Muchos y muy buenos medios hay en la isla de sustituir á la carne; los plátanos, por ejemplo, pueden servir para el caso, y á falta de pan buenas son las tortas.

—Eso es precisamente lo que hacen.

—Pues de hoy más no sucederá ó dejaré el puesto con que me honraron.

—Pero ¿qué va usted á hacer? ¿Cómo acallar los ardores de ciertos temperamentos?

—Yo pensaré, meditaré y veremos; tú, por de pronto, reúnelas á todas en el claro de los sicomoros, que yo iré dentro de poco á arengarlas.

—Pero, señora...

—¡Chist!, obedece y calla.

II

No eran exageradas, en verdad, las noticias que habían llegado á oídos de lady Kingston.

Cuando dos años antes naufragó el vapor *Pelícano* en las costas de la isla, no sobreviviendo á la catástrofe más que las mujeres que la habitaban, creyeron estar en ella un período de tiempo relativamente corto.



El primer ministro de la colonia de mujeres.

Empero, su estancia en ella se había ido prolongando poco á poco, y como necesariamente tenían que someterse al régimen que les imponían los productos de aquélla, echaban muy de menos los alimentos de la metrópoli, cuyo sabroso jugo habían gustado tantas veces.

Cierto era que en la isla había frutas de todo género, abundando las peras, y entre éstas las de botoncillo, fruta exótica en otros países y que allí se criaban con abundante profusión; pero como para estómagos hambrientos era éste poco alimento, y de los que más ó menos tarde producen graves alteraciones en la salud, reuniéronse una mañana las habitantes de aquélla, en la esplanada de los sicomoros, que era

(Continuará.)



Una *entretenida* célebre despide al amante pagano, sin duda por *haberle salido* algún príncipe más espléndido:

—¡Yo creía que me amabas tanto! Exclama tristemente el despedido.

—Te amo tanto y me cuesta *tanto trabajo* al dejarte, que pensaba pedirte mil reales.

—¿Para qué, si me despides?

—¡Hombre! Me parece que todo *trabajo* merece su recompensa.

* * *

Si dices á una mujer que es hermosa, podrá resistiros aún; pero si la decís, arrojándoos á sus pies: «¡Qué hermosa *debe* usted ser!» ¿Cómo no ha de procurar de administraros la prueba?

* * *

Un aldeano acaba de casarse. Al salir de la iglesia dice á su joven esposa:

—Has hecho bien en no acceder nunca á mis deseos, porque entonces no me hubiera casado contigo.

—Ya lo sé—respondió la desposada—; me han engañado más de una vez, y por eso vivía prevenida.

* * *

Al regresar á casa un sargento, sorprende á su mujer en amoroso coloquio con un ciudadano. Arrebatado por la ira, saca el sable é iba ya á dar una tremenda cuchillada al seductor, cuando interponiéndose entre ambos su mujer, exclama:

—¡Qué vas á hacer, bárbaro! ¿No conoces que vas á matar al padre de tus hijos?

* * *

El barón de M., que es bizco, hace el amor á la señorita de X..., que se burla ingeniosamente de las palabras amorosas de su ridículo pretendiente.

—Pero—dice él—, ¿por qué no queréis mi amor?

—¡Imposible!... Soy celosa, muy celosa..., y, aunque no me quitaseis nunca los ojos de encima, me parecería que estabais mirando á otra.

* * *

—Señor Juan, su hija no me conviene...

—¡Qué tontería! El matrimonio funde los caracteres, y ya verás cómo os hacéis uno los dos.

—No, señor; el matrimonio no me conviene.

—Pues era cosa convenida, caballero... ¿Se vuelve usted atrás?

—Algo de eso.

—No puede ser, amigo mío; se casará usted, y le vendrá muy ancho...

—Pues por eso mismo no me casaré.

* * *

—¿Conque, por fin, Enrique se decide á pedir tu mano, después de las perrerías que hablaba de ti?

—Es que ya cree en mi honor.

—¡Qué raro!

—Se comprende. Enrique es como Santo Tomás: en cuanto toca, cree.

* * *

Decía una célebre artista parisiense:

—Mi corazón es como una casa de vecindad. En el piso bajo pongo un banquero, en el entresuelo un duque, en el principal un rey...

—¿Y los demás?

—¿Los demás qué?

—Los demás pisos.

—Esos los tengo amueblados para los *viajeros*.

* * *

Diálogo entrecortado.

—¡Casimira!

—¡Alberto!

—¡Mi vida!

—¡Mi cielo!

—¡Ah!.. ¡ay!...

—¡Alberto!.. ¡No puedo más!

(Un vecino pared por medio que escuchaba anhelante.)—¡Se estará cometiendo algún crimen aquí al lado!..

EPIGRAMA

Doncellas suelen decir
á muchas, sin advertir
que se han de diferenciar:
que hay doncellas de casar
y doncellas de servir.

LOPE DE VEGA.



CORREO DEL AMOR

AURORA.—Me pide usted que le diga lo que opino de la obstinación de un joven que la importuna y por quien usted no siente simpatías.

El amor no se impone ni se exige; ese muchacho debe ser muy joven é inexperto, puesto que no ha comprendido la indiferencia con que usted le mira.

Creo más bien que es una pasión imaginativa, y esto no ofrece garantía sólida. Un hombre puede vencer con la obstinación, cuando su afecto es muy sincero, desinteresado y discreto.

LUISA M. (Barcelona.)—Sólo puedo contestarla con esta gran verdad: *la mujer siente más necesidad de amar que de ser amada.*

ZORITA.—Los celos son siempre ridículos. Hágale ver, con mucha discreción, que se equivoca. No le exaspere ni le irrite. Puesto que usted se me confiesa honrada y buena, su triunfo es sólo cuestión de un poco de paciencia.

BILITIS.

NUESTROS CONCURSOS ARTISTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS Á NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que todos los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

Destinamos á cada uno de los cuatro cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos un espléndido regalo, que será sorteado entre los respectivos votantes. Cada regalo constituye una verdadera obra de arte, representada por un magnífico heliograbado que mide 80 × 60 centímetros, de la acreditada casa Iturrioz, Fuencarral, 20, de esta corte, muy á propósito para decorar una habitación, sea humilde ó elegante, pues el arte y la belleza en todas partes tienen buen acogimiento. El primer premio es una reproducción de *La Venus del espejo*, de Velázquez; el segundo, *Venus, el amor y la música*, del Tiziano; el tercero, *Primavera*, de Masou, y el cuarto, *Estío*, de Masou.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO GALANTE, Pizarro, 12, Madrid, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 2 de junio, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 6 del mismo mes.

MAYO 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....
titulado .....
inserto en el número ..... *página* .....
Nombre del lector .....
.....
reside en .....
calle de .....
número .....

(1) Expresar cuadro, retrato ó composición fotográfica.